

# El libro del trimestre

Carlos Díaz, *Manifiesto para los humildes*.

Centro de Estudios Pastorales.

Valencia, 1993.

Luis Ferreiro

Miembro del Instituto E. Mounier.

En un escrito de 1971 (Ed. ZYX), C. Díaz declaraba su intención de «poner al servicio del pueblo todo cuanto pueda saber». Fiel a este ideal, el *Manifiesto para los humildes* (MPH) está escrito desde la tensión entre la inteligencia que quiere profundizar el saber, y la voluntad de pedagogía que quiere dar a los pobres lo mejor. Se trata de una síntesis que recoge y profundiza los temas esenciales de sus obras para ofrecerlo como manual de referencia a quienes trabajan en la promoción de los más humildes.

El autor dirige el manifiesto a un público comprometido, con la intención de alentar una dinámica social, de reforzar y multiplicar una praxis con la reflexión en profundidad, pero también con un deseo de impulsar a personas y grupos de carácter más teórico a verificar su teoría sometiéndola a la prueba de lo real, pues si «la acción sin reflexión es ciega», «la reflexión sin acción es vacía»: inteligencia y teoría, y voluntad y valentía con frecuencia combaten en distinta trinchera y hay que unirlos.

El MPH resume el balance del ajuste de cuentas del autor, en obras anteriores, con la filosofía moderna del Renacimiento a la Ilustración, especialmente con ésta (Cfr. *En el jardín del Edén*, 1991). La pretensión de un universo centrado en el hombre como medida de todas las cosas, en principio laudable, ha «progresado» hacia un mundo dividido en un *Norte enriquecido* y un *Sur empobrecido*, donde todo parecido a las utopías renacentistas es casual. La Ilustración prometió la omnisciencia, pues saber es poder, pero ciencia y poder en manos del hombre han hecho del siglo XX un siglo de terror. El yo cartesiano y la duda metó-

dica pronto se desviaron hacia el racionalismo frío, el individualismo, la desconfianza, el magisterio de la sospecha, la irreligión y la muerte de Dios.

C. Díaz hace una corrección radical de esta trayectoria, aceptando cuanto de bueno se debe a ella. Pero sin olvidar que el error del pensamiento moderno se debe al abandono progresivo de dos dimensiones esenciales del universo personal: lo trascendente al mundo (Dios) y lo intrascendente para el mundo (los pobres). Y es que en su búsqueda de la grandeza del hombre la razón antropocéntrica diseñó un universo circular de un sólo centro, ocupado por un hombre que se parecía cada vez más al burgués, que se resistía a un modelo elíptico de dos centros: el de Dios y el del hombre.

En los márgenes de ese universo en expansión crecían los suburbios depauperados, los Gulags y los Auschwitz, las víctimas y los pobres cada vez más numerosos y miserables, mientras en el centro crecían los agujeros negros capaces de tragarse toda la riqueza, el poder y el conocimiento del mundo: Estado, mercado y multinacionales, ejércitos, manipulación informativa, fragmentación del sujeto social y ético, el nihilismo como filosofía triunfante.

Pero el personalismo no es filosofía de planiferas sino de combatientes, y como «escribió Mounier en el *Tratado del Carácter*, cuando el racionalista-idealista habla de ser consciente parece que lo limita a la lucidez analítica, pero *para la conciencia combativa ser consciente es infinitamente más, no es reflejar sino plantar cara*», de acción y propuestas fuertes, desde la adopción de la pobreza «como una forma a priori de nuestra voluntad ética» (pág. 27).

La propuesta del MPH es «rehacer el renacimiento» sin caer en los mismos errores. Para ello repiensa cinco temas básicos: persona y comunidad, la historia, la sociedad, los valores básicos, y la fe religiosa, con el ideal de reunir los fragmentos dispersos por la doble locura moderna, la de quienes creen que las estructuras sociales son inamovibles, olvidando que su destino está en sus manos (Marx), y la de los que toman al hombre interior por viento (Kierkegaard).

Las coordenadas mencionadas (teonomía y pauperonomía) se encuentran ya en el concepto de *persona* (1ª parte), a la que presenta creciendo entre dos direcciones de apertura: hacia su propio fundamento, el absolutamente otro, «Dios, ausencia fundadora, se hace presente en todo ser humano, presencia fundada», de esta manera «la persona se nos presenta como *embajadora de Dios*» (pág. 38), dotada de nobleza singular. Por otro lado, frente a la fortaleza y la seguridad en sí mismo del héroe ético y a la apatía y desinterés por lo ajeno de Narciso, es el «*cuidado y solicitud por el otro... lo que define la identidad del ser humano*», afirmando con E. Cardenal: «Uno es el yo de un tú / o no es nada» (pág. 70). Radicalizando este rasgo definitorio, nos encontramos ineludiblemente con aquellos tan extremadamente otros, tan pobres que sus rostros desfigurados no tienen apariencia humana.

Esto nos lleva a la *historia* como ascenso de los oprimidos a la libertad e historia de salvación, a leer el pasado, desde «la perspectiva que introducen los pobres», retomar «la otra historia, la otra memoria de la humanidad, la del apoyo mutuo, la de la solidaridad, la de la militancia personalista y comunitaria» (pág. 126). C. Díaz valora la paradójica grandeza de los humildes: «para el *militante* de a pie todo se ve con la perspectiva de la macrohistoria y de la *utopía no quimérica*» en comunión con «todos los militantes de la humanidad», en la que «se está fraguando aquí y ahora la eternidad» (pág. 136). Un paso más es hacer la historia con vocación militante y actitud profética, sabiendo que «la historia de la liberación de los oprimidos y explotados sigue siendo cosa de los oprimidos y explotados mismos», pero sin

dejarlos solos, asumiendo «nosotros mismos la quiebra de las cadenas».

En *el valor de la sociedad civil*, nos introduce el autor con la narración de su experiencia en la editorial militante ZYX, donde las raíces obreras pobres, y las cristológicas se abrazaban en un «franciscanismo político», que es el mismo reto de hoy: «una militancia, con una mística, una formación cultural, y mucho amor» (pág. 149).

Aquí C. Díaz, pese la crítica a la tentación prometeica quiere salvar lo más noble de ella, en la versión libertaria de «aquellos robles inabastibles que se entregaban a la causa común hasta la muerte». Si Mounier quería ir más allá de Kierkegaard y de Marx, las dos ramas indebidamente separadas de la revolución contra las fuerzas de despersonalización, C. Díaz busca el espacio práctico de esta revolución entre Kropotkin o Malatesta (ideal libertario), y San Benito (*ora et labora*) o Francisco de Asís (el ser mendicante), que bajo cielos diferentes quisieron *transformar la sociedad desde abajo*, sintieron la llamada de los de abajo y tuvieron «el empeño por *elegir en concreto a todos los seres humanos, y especialmente a las masas empobrecidas de la humanidad, a la condición de personas*» (pág. 169).

Finalmente, el autor desenmascara la pretensión de un universo del hombre fundado en la razón autocéntrica, fría y calculadora, que prometió orden (¿público?), felicidad y progreso (¿para ricos?), prescindiendo de Dios. La Ilustración culminó la emancipación del hombre con la muerte de Dios, cuyo corolario es la muerte del hombre. No entendió que Dios no es el rival del hombre, por el contrario la gloria de Dios es que el hombre viva (San Ireneo). Por eso corrige a la soberbia razón autónoma que engendra monstruos —lo sabemos bien en el siglo XX—, y opta por la razón humilde que busca la verdad y acepta la autonomía teónoma del hombre. El fracaso del siglo XX hay que mirarlo bajo esta luz, pero «lo que a pesar de sus megalomanías no puede el ascenso de Prometeo, eso lo puede el descenso de Jesús» (pág. 319). La divinización prometeica del hombre por el hombre acaba en la tragedia o el ridículo, y no garantiza su dignidad, pero la humanización del Dios Amor nos permite decir que «el hombre es una manera finita de ser Dios» (Zubiri). ▲